

“LA VIDA ES UNA LARGA PAUSA ENTRE UN OASIS Y OTRO”

Jorge Luis Medica

Los orígenes

Nací un 12 de octubre de 1945, el tercero de cuatro hermanos, en Carlos María Naón, un pueblito del centro de la Provincia de Buenos Aires. Mis orígenes se remontan a la vieja Italia, desde donde migraron mis bisabuelos. Del lado paterno, eran genoveses. De parte de mi madre, del Piamonte.

Me crié en el campo, en el hogar humilde de un peón rural. A los cinco años, nos mudamos a la ciudad de Nueve de Julio. Subsistíamos gracias a los trabajos ocasionales que conseguía mi padre, y a lo que cultivaba en un terrenito de unos pocos metros, que aportaba alimentos para la mesa familiar. Eran tiempos de vacas flacas en el campo.

En el '52, por la escasez de trigo, comíamos pan negro. De aquellos años, recuerdo también las nubes oscuras de langostas que cubrían el cielo y devoraban las cosechas, las frutas, los árboles y todo lo que encontraban a su paso.



El equipo de Yomel en los comienzos. Década del '70.



La construcción de la planta de Yomel. Década del '80.

Mi padre falleció cuando yo tenía apenas once años. Nélide, mi madre se cargó la familia al hombro y nos sacó adelante. Esa rubia de ojos celestes, bien gringa, se subía temprano a su bicicleta, y regresaba bien entrada la noche.

Viuda a los treinta y nueve años, con cuatro hijos, trabajaba de lunes a lunes, haciendo de todo: limpieza, lavandería, planchado, cocina...

Era una mujer fuerte. Hija de chacareros, nacida y criada en el campo, abandonó la escuela en tercer grado para trabajar a la par de los hombres. En épocas de cosecha, cargaba bolsas de 65 kilos. De ella, aprendí que ninguna dificultad es el final del camino.

Los comienzos en la industria

En ese hogar tan humilde, mi vida fue marcada por el trabajo desde muy temprana edad.

A los seis años, ya salía con mis hermanos a recolectar huesos, vidrios, hierros, chatarra y a vender naranjas, para ayudar en la economía familiar. A los once, era el chico de los mandados en una librería, mi primer empleo.

Mi madre había pedido al dueño que no me pagara ningún sueldo, pero que me enseñara a trabajar. Luego, si yo era competente, que me remunerase de acuerdo a sus posibilidades. Después fui cambiando, a medida que conseguía un empleo mejor en otros lugares.

Mientras trabajaba en una proveeduría y estudiaba el secundario en la escuela nocturna, un amigo me dijo que necesitaban un asistente administrativo para una empresa metalúrgica de próxima fundación. Así fue como ingresé en una firma que con el tiempo se transformaría en Hilcor. Esa fábrica de maquinaria

Nuestras primeras exportaciones a Brasil. Década del '80.



agrícola cobraría renombre por desarrollar el equipo Moscato, que hasta hoy se utiliza para desmalezar, cortar e hilar forrajes para rollos o fardos.

Si bien mis tareas eran administrativas, cuando tenía unos minutos libres, me metía en el taller. Mientras cebaba mate, veía a los obreros soldar, agujerear, tornear y transformar hierros en máquinas. Me sedujo el mundo de la producción, del fuego, de la fragua y del hierro al rojo vivo que se moldeaba golpe a golpe.

Al tiempo, comencé a acomodar bulones y a entrar en contacto con las chapas, planchuelas, aceros, fundición y herramientas. De a poco, me fui enamorando de la industria.

En el '67, tras esa especie de curso acelerado que hice en Hilcor, me transformé en vendedor, y luego en Jefe de Ventas. En el '73, hubo una fuerte reestructuración en la empresa, y decidí que mi ciclo allí había terminado. Ese aprendizaje debía servirme para inaugurar mi propio proyecto empresarial.

En los casi diez años que estuve en Hilcor, la había visto evolucionar desde un pequeño taller de apenas siete personas en una auténtica fábrica de ciento treinta obreros. De veinte unidades que producía por año, en sus comienzos, en 1973 ya había alcanzado las mil doscientas máquinas.

El proyecto propio, Yomel

Cuando me fui de Hilcor, me acompañó mi hermano Raúl, que se desempeñaba en el área de ventas, y Néstor Odello.

Nuestra idea original era abrir una concesionaria de venta de maquinaria agrícola en Nueve de Julio. Pero mi hermano insistió en que incursionáramos en la fabricación. Así, el 1º de noviembre de 1973, comenzamos en un galpón



Acto de inauguración de la oficina de Yomel en Buenos Aires. 1983.

prestado. Al poco tiempo, se incorporaron al proyecto Guillermo “Yoyo” Maldonado y Lorenzo Aranda, para completar el grupo de accionistas con los que la compañía adquirió su nombre Yomel en 1978.

En los comienzos, fuimos atravesando las distintas circunstancias de la economía argentina. Pasamos el Rodrigazo, la 1050 de Martínez de Hoz y algunos días difíciles a comienzos de los ‘80.

Pero, más allá de las circunstanciales tormentas, en líneas generales los vientos soplaron a favor.

En el ‘86, sólo trece años después de arrancar, inauguramos una planta nueva industrial que es donde nos encontramos actualmente. En el ‘97, por las vueltas de la vida, terminamos comprando Hilcor, que había caído en quiebra. Incorporar a aquella empresa donde había dado mis primeros pasos industriales representó, para mí, el cierre de un ciclo.

A lo largo de nuestra historia, atravesamos distintas crisis, como la hiperinflación de los finales del gobierno de Alfonsín. Pero ninguna fue tan dura como la de 2001. De las doscientas quince personas que teníamos en el ‘98, sólo pudimos conservar a sesenta y cinco. Incluso, llegamos a cerrar la fábrica por treinta días, porque no podíamos comprar materiales, pagar los sueldos ni los impuestos. Ese año, casi caemos en quiebra.



La planta de Hilcor, empresa que adquirimos en los '90.



Vista de la planta actual de Yomel.



Con uno de los equipos Yomel.

Yomel, hoy

La devaluación de 2002 nos permitió recuperar competitividad, volver a producir, y pagar las deudas. Hoy tenemos una fábrica de 3800 m², en un predio de ocho hectáreas, a la que sumamos la planta Hilcor con casi 8.000 m², en un predio de cinco hectáreas.

Con un equipo de ciento treinta personas fabricamos, comercializamos y exportamos distintas soluciones para el productor agropecuario. Nos especializamos en desmalezadoras, fertilizadoras, rotoenfardadoras, segadoras, segadoras acondicionadoras, cortahileradoras, rastrillos, tractoelevadores, rastras de discos y cinceles.

A estos productos tradicionales, agregamos la sembradora Yomel-Hilcor HJ3 Extreme, con un sistema de siembra monograno que asegura los rindes más competitivos y grandes ahorros.

En 2011, lanzamos el proyecto Futuro Yomel, que prevé desarrollar nuevos modelos de máquinas para la agricultura de precisión e informática aplicada a la maquinaria agrícola.

Esto representa una evolución como lo fue, en su momento, la siembra directa. Es un proyecto con un horizonte a veinte años, que implica una formidable inversión en Recursos Humanos y desarrollo de conocimientos para la venta y producción de esos equipos.

El legado

Estoy casado con Silvia, con quien tengo tres hijas: María Silvina, María Luciana y María Andrea. Silvina y Andrea trabajan en el proyecto familiar desde hace varios años. También participan sus esposos, Gastón y Luis.

Me siento orgulloso, tanto de la familia como de la empresa que pude construir. Todo me costó mucho en la vida y tuve que aprender a luchar. Haber sufrido tantas carencias en la infancia fue un motor para la acción. La necesidad fue la llama para seguir avanzando contra todas las dificultades, junto con una herencia familiar italiana que me enseñó a ganarme la vida con esfuerzo y perseverancia.

Así como yo salí adelante, también lo hizo Yomel. Como todas las empresas argentinas, pasamos por muchas dificultades y las superamos. Tuvimos viento en contra, pero no nos preocupó demasiado. Nunca me rendí ni bajé los brazos. Siempre avancé. La vida es eso, una larga pausa entre un oasis y otro.